

tensión de una libertad absoluta, entendida como total independencia es una utopía. Existe entre todos los seres entre sí y con su creador una interrelación que por sí sola delimita la independencia humana de tal manera que ésta no sólo no es total, sino que viene a quedar reducida a una interdependencia. Pero en la segunda parte de este libro esta cuestión de la libertad e interdependencia se nos presenta bajo otro aspecto, el que le da la acción de la Gracia Divina, mediante la cual, a manera de un amor que purifica y libera, se opera una transformación en los hombres, de tal forma que la libertad de éstos se convierte en voluntad de entrega, en renunciación: la libertad y la gracia devienen corrientes que concurren a un fin común. Por otra parte Dios, como Providencia, se muestra *ocupándose* de todos los seres de su Creación, pero no sometiéndolos a la fatalidad de un destino. Y en cuanto al misterio de la Predestinación Divina, hace falta mirarlo con amplia visión, no con la miopía de las concepciones individualistas, o populares, o supersticiosas; esta Predestinación no es más que otra manifestación de la infinita transcendencia divina, que como infinita condescendencia que también es, invita a los humanos a abandonarse en ella.

Jerphagnon concluye su obra reafirmando la coordinación existente entre Providencia divina, predestinación y libertad, y que sólo puede hablarse de servidumbre de la libertad en la exacta medida en que puede llamarse servidumbre a la sumisión voluntaria del amor.

Con un exacto sentido de la responsabilidad religiosa, Lucien Jerphagnon, ha realizado este estudio que, aunque pretende estar dedicado «al lector no iniciado, no a los especialistas ni estudiosos», son éstos precisamente los que pueden apreciar en su justo valor las enseñanzas expuestas con meridiana claridad. Este libro es expresión de la actual postura espiritualista francesa entroncada con la más clásica doctrina cristiana. En cuanto a la abundante bibliografía que se inserta al final de la obra, tiene la nota original e interesante de poseer cada libro citado su pequeño comentario orientador.

M. NAVARRO RONCAL

LEFÈVRE, Roger: *L'humanisme de Descartes*. Edición «Presses Universitaires de France». París, 1957, 284 págs.

Para enjuiciar el humanismo cartesiano, diversamente interpretado con intencionalidad que a veces llega al mito, Lefèvre desea presentarnos un Descartes auténtico, al confrontar vida y obra, y destacar el esfuerzo del filósofo francés por mejorar al hombre por la cultura, en una ascensión de la voluntad hacia el Universo y su Creador.

El humanismo cartesiano tiene dos fuentes no bien discernidas: el hombre y su vida social. El fervor cristiano de Descartes, su respeto al orden, su deseo de vida iluminada, impúlsanle a extender el mé-

todo matemático para fundar la certeza del conocimiento. Y en lo tocante a la vida social, ante las corrientes encontradas —de las cuales se hará mérito después— Descartes intenta restablecer la armonía.

Lefèvre divide su obra en tres libros. Trátase en el primero de la Moral: sus principios, su experiencia, su progreso, su ideal. Sobre la distinción cartesiana de la Moral en perfecta e imperfecta, ésta, configurada por el principio, aquélla por el fin, va destacando el autor las máximas morales. Así, el ideal moral, inspirador de la acción conduce a la fusión de razón y vida, ciencia y virtud, y la propia duda metódica se nos aparece como un momento de la propia moralidad. La Moral imperfecta conduce a la perfecta, y la Ciencia perfecta engendra la perfecta Moral. Y como ésta supone aquélla, la Moral no será definitiva hasta que la Ciencia no sea acabada.

¿Qué es la virtud? «Es la voluntad del bien —afirma Descartes— que conlleva, evidentemente, para el pensamiento agible, la voluntad de pensar bien y la voluntad de obrar bien.» El libre albedrío, produce, si se usa bien, el máximo de virtud, de mérito y de satisfacción. Por ello, la felicidad humana resulta de la libertad inundada de verdad. La voluntad es «el resorte creador de sí mismo» (pág. 16).

La experiencia moral se considera a través de dos temas: los defectos de la virtud y sus fuentes. Pues que la virtud consiste en conocer y practicar el bien, los defectos de la humana condición, en relación con entendimiento y voluntad, alterarán la virtud en su «comprensión» y en su «resolución». Lefèvre aborda, a continuación, el pensamiento del filósofo galo sobre las pasiones, a través del epistolario con la princesa Isabel (págs. 28-37), donde vemos desplegarse las directrices de su Moral. Profundizar en las pasiones es necesario para fundar la apreciación moral, pues nuestros deseos postulan, que nuestro pensamiento nos represente un verdadero bien práctico, no ontológico, ni teórico (pág. 52).

Distínguese la pasión y el poder de la voluntad. Esta, guiada por la verdad, puede frenar la pasión, sometiendo el deseo en concordancia con el verdadero bien, al reino de la voluntad, para de este modo asegurar la alegría moral, en el proceso del alma para elevarse a la cima de la sabiduría, a la cual todo hombre aspira (págs. 79-106).

En el libro segundo se nos muestra la vida moral del hombre a la luz de su enfoque social. Sirve de pórtico a Lefèvre estas palabras a Isabel (6-X-1645): «es algo más elevado y glorioso hacer el bien a los demás hombres, que procurárselo para sí mismo». El pensamiento cartesiano sobre este punto se analiza a través de las fuentes, la doctrina y la práctica (págs. 109-186). Destaca los sentimientos del filósofo francés: por un lado, su atracción por lo social y su aspiración al progreso; por otro, su retraimiento y su aspiración al orden. Precisamente, el cartesianismo representa una voluntad de ordenación en medio de una época desordenada, que Lefèvre describe minuciosamente (págs. 125-129). Frente a la «doctrina maquiavélica» Descartes adopta una posición «de buen francés», guardando de caer en los extremos, centrando en la Monarquía todo orden social.

Ni opuesta, ni separada de la Moral, la política se nos muestra como el campo donde la experiencia impone a la voluntad las pruebas más complejas. La movible perspectiva que la vida social ofrece al sabio se determina por relación a tres coordenadas de acción: el pueblo, el príncipe y el filósofo (págs. 135-162). Considera Descartes que el lazo social tiene su forma en la ley y su fuerza en el amor. Las leyes son los caminos de la vida social, los cuales ni se contradicen, ni se confunden con los de la vida mental, antes bien concuerdan entre sí. El amor de los súbditos al príncipe y el de éste a los súbditos necesita de un poder justo, ejercido a través de medios justos, según conciencia del soberano. Lefèvre expone, a continuación, la teoría política práctica a través de los temas de la abjuración, el regicidio, la sucesión, la justicia y la paz (págs. 162-184). Y observa, cómo alrededor de la Moral, la Política desenvuelve temas tan esenciales como la expansión de la virtud, la distinción de competencias, la solidaridad en las funciones, el progreso del orden común... que tanto se relacionan entre sí y representan la unidad, en su diversidad, complejidad y fecundidad.

El tercer libro trata de la vida religiosa, pues para Descartes lo más grande y lo más perfecto en el hombre es el amor a Dios (páginas 187-243). Este pensamiento capital se origina en el filósofo francés por el conflicto entre el mecanicismo y la escolástica, por un lado, y el del libertinaje y la apologética de su época por otro. Epoca de desorden y corrupción moral. Si el Renacimiento quisó significar una síntesis entre el naturalismo pagano y la fe cristiana, en el siglo de Descartes esa síntesis está en trance de desaparecer.

Para situar a Descartes frente a ambos conflictos, Lefèvre analiza sus actos y sus ideas. Sus actos no muestran adhesión al libertinaje. En cuanto a la reacción apologética, sus actos manifiestan una racional adhesión. Lo demuestra las obras escritas en el período 1628-1630 sobre todo en *L'Epître aux Theologiens*. Contra el espíritu libertino utiliza el escepticismo. Con referencia a la apologética, se funda en el principio de que el desenvolvimiento de la razón se une tanto más a la fe, cuanto mejor y más perfectamente se desarrolla (pág. 215). La ciencia y la fe difieren en contenido y método, pero no se contradicen, pues tienen de común la obra bienhechora de Dios. Las relaciones entre la física y la teología confirman la originalidad de su pensamiento. Es aquí donde plantea la diferencia entre el hombre y el animal. La idea de un alma orgánica es tan inconcebible como la de un sentimiento objetivo.

En suma, la vida religiosa por ningún concepto es extraña a la filosofía. Ella traspasa a ésta por lo mismo que la Revelación aureola la razón, y la sostiene y corona. De este modo, en el triple plano de la vida moral, de la vida social y de la vida religiosa, Descartes ha querido mostrar, cómo el conocimiento verdadero puede dirigir la acción, cómo la buena voluntad debe elevar al hombre hacia Dios, en medio de la vida social. Ciencia, filosofía y fe, lejos de combatirse, deben unirse por el triunfo del espíritu, pues el cartesianismo —afir-

ma Lefèvre— significa un llamamiento a los siglos venideros en pro de la elevación espiritual de la Humanidad. ¿Será anticuado? ¿Acaso para sordos?

Con esas dos preguntas termina su obra Lefèvre. Su propósito está bien logrado. No se limita al cotejo y análisis de textos, sino que aporta buen número de datos históricos, fiel a la ecuación hombre, vida y obra. Es de destacar el contraste con las epístolas escritas por el filósofo, garantía de la sinceridad de su pensamiento y de la interpretación que ofrece Lefèvre. Todo ello, en un estilo claro, rotundo, en ocasiones apasionado y siempre literariamente correcto. Tal vez hubiera sido oportuno en relación con las preguntas finales, una crítica razonada que mostrara lo caduco y lo actual del llamamiento cartesiano a los hombres del presente y del futuro.

ISMAEL PEIDRO PASTOR

MARITAIN, Jacques: *Ciencia y Filosofía*. Edición Taurus. 1958. 248 páginas.

A los lectores de habla española esta obra nos llega a través de la traducción de la edición francesa Alsatia (París, 1956). Más que un ensayo, tratase de un conjunto de cuatro ensayos, el último de los cuales sirve para titular la obra. Todos ellos son estudiados desde una misma perspectiva filosófica: la consideración del estado y función del espíritu, en cuanto su unión con el cuerpo afecta intrínsecamente su manera de ser y de obrar.

Fiel a la idea de la unidad compuesta de nuestro ser, Maritain cree hallar en el haber de la Psicología moderna, cierta luz capaz de alumbrar el problema de la relación entre los elementos componentes, a través de la esfera de las actividades inmateriales del conocimiento, en las que la condición carnal del espíritu abre al filósofo mayores perspectivas. «En el presente volumen —confirma el autor en la página 5— sólo hemos querido recoger algunas muestras de las investigaciones y elucidaciones que se han hecho en materias que conciernen al mismo tiempo a la Metafísica, a la Crítica, a la Psicología, a la Lógica y a la Filosofía moral».

Dedica el primer ensayo al freudismo y al psicoanálisis (págs. 18-56), cuyas investigaciones, lejos de conducir a la disolución de nuestra personalidad en el mundo del instinto, del sexo y del sueño, descubren la condición carnal del espíritu del hombre y pueden llevarnos a la purificación espiritual, y a una mejor conciencia de la propia personalidad, a poco que captemos su correcta inteligencia.

Tres apartados comprende este primer ensayo: el método psico-analítico y la investigación del inconsciente (págs. 18-36); la psicología freudiana (págs. 37-46), y la filosofía freudiana (págs. 47-55). Analiza minuciosamente si hay una vida psíquica que escape a la conciencia. Destaca el rasgo genial de Freud, verdadera esencia del psi-